

Melibea Obono

(Malabo)

Relato: “*Mberbí: el llanto más grande de las mujeres*”

Abstract

Melibea Obono is an Equatorial Guinean writer and a committed activist who advocates for the rights of women and LGTBQI+ people in Africa in general and in Equatorial Guinea in particular. In both her literary work and her activism, she denounces the rampant sexism, homophobia, transphobia, and heteronormativity in her country. She is one of the most well-known and productive writers of her generation and has published several short stories, journalistic and activist texts, and novels – among others, her highly praised book *La Bastarda* (2016), considered as the first Equatorial Guinean LGTBQI+ novel. In her previously unpublished short story “*Mberbí: el llanto más grande de las mujeres*”, she denounces the oppression of females in the patriarchal society of the Equatorial Guinean Fang.

Julia Borst / Danae Gallo González: Notas introductorias a Melibea Obono y su obra literaria

Trifonia Melibea Obono Ntutumu, nacida en Evinayong (provincia de Centro-Sur, Guinea Ecuatorial) es periodista y politóloga de formación y, desde 2012, docente en la Facultad de Letras y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE) de Malabo. Desde 2013 forma parte del equipo investigador y docente del Centro de Estudios Afro-Hispánicos (CEAH) de la Universidad de Educación a Distancia (UNED) en España.

A pesar de correr el riesgo de ser perseguida por el gobierno de Obiang, es una activista comprometida por los derechos de las mujeres y el colectivo LGTBQI+ y no se desanima en la lucha tanto contra la homofobia y la heteronormatividad como contra el machismo y el patriarcado en la sociedad guineoecuatoriana. Más allá de su faceta como activista, Melibea Obono es una de las escritoras guineoecuatorianas

contemporáneas más conocidas y prometedoras. Un año después de que su cuento “La negra” se incluyera en la antología *Baiso: ella y sus relatos* (2015), editada por la guineoecuatoriana Remei Sipi Mayo, publica su primera novela, *La herencia de bindendee* (2016). Su segunda novela, *La bastarda* (2016), que se considera la primera novela LGTBQI+ escrita en Guinea Ecuatorial, ha gozado de un éxito sin precedentes. En este libro, Melibea Obono toca un tema tabú en la sociedad guineoecuatoriana y cuenta cómo su protagonista Okomo, una adolescente de la etnia fang en búsqueda de su padre, descubre su homosexualidad y se rebela contra el sistema de valores de su etnia, que no le permite a vivir una vida autodeterminada y le oprime como mujer, lesbiana e hija de madre soltera y lesbiana. Desde entonces, la autora ha sido muy prolífica y ha publicado varios textos, entre ellos una colección de cuentos, textos testimoniales y varias novelas. Además, textos suyos han aparecido en antologías de literaturas africanas como *Doce relatos urbanos, doce voces femeninas* (2019) y *New Daughters of Africa* (2019). Su obra gira alrededor de temas feministas, como la opresión de la mujer y la violencia de género en Guinea Ecuatorial y especialmente en las comunidades fang, critica el racismo predominante en países europeos como España y, sobre todo, denuncia el maltrato de las personas LGTBQI+ tanto por las autoridades guineoecuatorianas como por sus propias familias y la sociedad guineoecuatoriana en general. Su libro de relatos *Las mujeres hablan mucho y mal* ha sido galardonada con el premio Internacional de Literaturas Africanas Justo Bolekia Boleká 2018. En 2019 ganó el Premio Global Literature in Libraries Initiative (GLLI) por *La bastarda* además del Premio Mujer Ideal de Guinea Ecuatorial. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, al francés y al alemán. Melibea Obono escribe también un blog (trifoniamelibea.weebly.com) donde publica textos activistas y colabora con diversos periódicos y plataformas digitales.

La obra de Melibea Obono es activista por todos los costados. Ya nos hemos referido a su escritura de temática comprometida que no duda en meter el dedo en la llaga en lo más profundo de las epistemologías fang y colonizadora en sus vertientes más misóginas, racistas y LGTBQI+-fobas. También su estilo es incisivo y refrescantemente modesto. La autora combina magistralmente una semántica y una sintaxis

altamente elaboradas con un lenguaje y estilo entrecortado, bruscamente coloquial e incluso obsceno. Domina a la perfección el cambio de ritmos temporales, juega deliberadamente con el estilo directo e indirecto sin marca textual alguna y convierte a la metalepsis en su más íntima aliada ante la estupefacción lectora. Asimismo, la escritora que aquí nos concierne pone en práctica –si bien en diferentes grados a lo largo de su producción literaria– el extrañamiento lingüístico constante que rompe conscientemente con lo que los teóricos de la traducción llaman el discurso fluido. Introduce sin piedad para el lector no hispano-guineoecuatoriano expresiones en fang en el texto e impide así el peligro de un posible borrado de la singularidad guineoecuatoriana que acechan en toda traducción cultural familiarizante y eurocentrista. No obstante, en su compromiso activista, la autora molesta para remover conciencias, pero defiende la comunicación efectiva y por ello, brinda una explicación cultural detallada de cada expresión fang a nota a pie de página, haciendo al lector no versado en fang parar literalmente a leer y así escuchar la singularidad del que el colonialismo español y sus consecuencias hasta el día de hoy, han constituido como el Otro. El relato original que sigue a estas líneas lo ha compuesto Melibea Obono en exclusiva para este volumen y es buen reflejo de su brillante y cautivadora escritura activistamente molesta.

La obra literaria de Melibea Obono (en español y traducida a otras lenguas)

(2015): “La negra”, en: Remei Sipi Mayo (ed.): *Baiso: ellas y sus relatos*, Barcelona: Mey, pp. 95-139.

(2016a): *La herencia de bindendee*, Viena: En auge.

(2016b): *La bastarda*, Madrid: Flores raras.

(2017): *La albina del dinero*, Barcelona: Altaïr.

(2018a): *La bastarda*, Trad. Lawrence Schimel, New York: The Feminist Press.

(2018b): *Las mujeres hablan mucho y mal*, Madrid: Sial.

(2019a): *Yo no quería ser madre: vidas forzadas de mujeres fuera de la norma*, Barcelona: Egales.

(2019b): *Allí abajo de las mujeres. Djí ené bina bito así*, Barcelona: Wanafrica.

(2019c): “El nativo”, en Ángeles Jurado (ed.): *Doce relatos urbanos, doce voces femeninas*, Tegueste (Tenerife): Baile del Sol, pp. 29-49.

(2019d): “Let the Nkukumá Speak”, Trad. Lawrence Schimel, en Margaret Busby (ed.): *New Daughters of Africa*, Oxford: Myriad, pp. 895-899.

(2020): *La bâtarde*, Trad. Anne-Laure Bonvalot, Paris: Passage(s).

(2021): *Wem gehören die Bindendee?* Trad. Susanne Doppelbauer, Wien: Löcker.

Melibea Obono:

Mberbí: el llanto más grande de las mujeres

Los domingos se llaman conmemoraciones consagradas en las aldeas de la etnia fang, en mi pueblo fang. Mamá lo sabe, yo también.

Los domingos, hasta donde yo recuerdo, personifican lo canonizado: las fincas rústicas, antes de café, luego de cacao, primero de los ancestros.

Y sí, también de la paz oficial.

La búsqueda de mis bragas.

Mamá, dónde están mis bragas.

Tus bragas, las patrulla tu padre.

Los domingos, cuando yo era más chica, mis bragas y las de mis contemporáneas siempre estaban retenidas por las madres, por los padres,

por las tribus de los ancestros, por los *binchima*¹ de *Akamanam*², por los presidentes de las comisiones de seguimiento del Partido Democrático de Guinea Ecuatorial, por los diputados de las zonas geopolíticas, por los *be tie poletique*³ antorchados del fuego, por la oposición política (*é bot á ngam á yat*⁴), por los sacerdotes, obispos y el Papa.

Recuerdo la aldea despierta al ritmo del cantar de las caminatas masculinas. Hoy todavía les oigo arrastrar los pies a mis padres del clan en dirección a la Casa de la Palabra de los Hombres para esperar de comer.

Los domingos en los pueblos fang y en mi pueblo ocultan el manuscrito que en la vida escribirá el feminismo académico. Cada individuo conoce su lugar en la estratificación social y con un orden infranqueable. Hace dos siglos y medio que al respecto se firmó un convenio: el tiempo que duró el régimen de la esclavitud y su prolongación surrealista, la Guinea Ecuatorial independiente en los documentos oficiales.

¹ *Binchima*: plural de *enchima*, significa policías y/o militares. Antiguamente se llamaba así a los varones/miembros del cuerpo de seguridad, protectores de las tribus, los clanes.

² *Akamanam*: en el pasado se llamaba *Akamayong* (protección del clan), o fuerzas armadas y de seguridad encargadas de proteger el clan. En la Guinea Ecuatorial de hoy se llama *Akamanam* a la Protección Civil, una sección de las fuerzas de seguridad del estado, que, en principio, se creó como cuerpo policial destinado a reducir la inseguridad ciudadana. Sin embargo, constituye uno de los gremios más desprestigiados del país por varias razones: se le atribuyen prácticas de extorsión a la población inmigrante, atracos a la población inmigrante con recursos, robos a la población civil, violencia sexual a las mujeres, especialmente en las noches, etc. Tan mala es su reputación que el grupo musical Ela Nguema Ganster ha elaborado varias canciones en su honor detallando la desvinculación de su cometido con su modus operandi. La canción se titula “*Akamanam dont talla*”.

³ *Be tie poletique*: constituye la élite política guineana. El Gobierno del Partido Democrático de Guinea Ecuatorial (organización política en el poder desde el año 1979) utiliza este término para referirse de manera peyorativa a los partidos de la oposición y estos a su vez para desprestigiar al ejecutivo. La población sabe diferenciar entre gobierno y oposición. El término *be tie poletique*, *á tie poletique*, se utiliza especialmente para infundir miedo en cualquier persona que opina sobre la gestión pública.

⁴ *É bot á ngam á yat*: hace referencia a la oposición política. Significa “los del otro lado”.

Los domingos, incluso hoy, ya no son cosas de mi infancia porque me estoy haciendo mayor y nada ha cambiado, el catequista toca la campana a las cinco de la madrugada y como todo hombre de estado del acá geopolítico cuya identidad es el *melongo*⁵ en la mano y en la voz, se levanta con el cantar del gallo y todo el mundo obedece a pies juntillas, porque en Guinea Ecuatorial solo existe un hombre, de cabeza cortada y verga de rigidez intacta. Un único hombre, más los cien *binclima* – policías y militares – reproducidos a partir de su especie. Todos se rigen por la verga.

Su excelencia, el generalísimo, propiedad del poder, canta como el gallo, con la verga.

El gallo, *nnóm kú*, representa el poder absoluto en el mundo fang.

Mamá lo sabe. Lo contó un domingo con mis bragas a sus pies.

El *nnóm kú* es el principio y el fin.

El *nnóm kú* personifica la supremacía política, la gerontocracia del pasado, del presente, del futuro, el espacio del mundo en el que los miembros del gobierno más jóvenes son los *chavales*, recaderos de los monjes de la Salle, los hermanos mayores, los *grand friend*⁶.

Cualquier persona no se integra en la Salle del poder, excepto de recadero. Para acceder a la Salle del poder se requiere la conversión a *mesémelugu*⁷, el rey de los brujos, porque la brujería significa perversidad en la gestión pública; vivir por y para el *engóng*⁸, el pueblo fang de los inmortales.

El poder no se muere. Mis bragas fallecieron. Una pena.

⁵ *Melongo*: látigo confeccionado para azotar a menores (mujeres entre estos) que no se comportan como estipulan las normas del clan.

⁶ *Grand friend*: hermano mayor. Ejerce los mismos roles que el patriarca en la familia y en la política.

⁷ *Mesémelugu*: es el brujo –varón– más destacado del mundo fang y de los grupos afines a la etnia fang. Su autoridad trasciende a los gobernantes que representan instituciones y en sus manos está la designación de los jefes de los clanes.

⁸ *Engóng*: pueblo mítico de la etnia fang. Representa la inmortalidad del poder y de los habitantes que residen en su circunscripción.

El *nnóm kú* es el ir y venir de la brujería, é *kum ókong*⁹, allá, donde se designa el poder diurno, se cuenta a voces y entre dientes, con la verga apuntada en los rostros de las mujeres.

El gallo, decían las personas mayores en la Casa de la Palabra de los Hombres, cuando yo era más chica, simbolizó el quehacer político del Gobierno de Francisco Macías Nguema, el primer varón que se declaró único milagro de Guinea Ecuatorial. Te cuento.

Oye, ¿sabías que se llevó *Papá Masie* –este hombre de discursos brillantes, primer gobernante de la Guinea Ecuatorial independiente–, mis bragas a la tumba? ¿Tú sí? Yo no. En serio. Mamá lo sabe. Por eso, es razón de investigación y de asombro la rapidez con la que los *be tie poletique* se declaran vitalicios de la República. El feminismo académico nunca escribirá este manuscrito.

Lo único que ven las personas sin recursos ni carnet de hermano militante para adentrarse en la sociedad y hacer un trabajo de campo sostenible, es el *e kum ókong*. Porque un hermano militante convicto, y no camuflado, lo tiene todo free, gratuito, libre, alcanzable.

Libre. Impuestos de este mundo que no se pagan. Acceso a las vidas humanas con libertinaje agravante. Y es que la silla del poder sabe al cantar mañanero del gallo y nadie la quiere abandonar, desde mucho antes de que llegaran los mitangan –los blancos–, y fabricaran Guinea Ecuatorial, su creación más opaca, ingobernable, silenciosa.

La silla del poder sabe a miel, a brujería. Huele a las bragas, a las mías de la infancia. Me prohibieron exponerlas en los espacios públicos con la amenaza de melongo atravesando mis nalgas. Y desde que Macías se declarara único milagro de Guinea Ecuatorial las cosas no han cambiado. Mis bragas siguen allá, escondidas y hoy, 2020, mi país y mis bragas siguen necesitando un milagro porque la economía está de entierro. La educación está de entierro. Las mujeres están de entierro. Mis bragas siguen sin verse en los espacios públicos. Conviven con la verga de los *be tie poletique*.

⁹ *Ekum ókong*: institución que otorga el poder a los dirigentes fang. Es un poder otorgado por los brujos más destacados del territorio fang.

El catequista es el primer hombre que se deja dibujar después del cantar del gallo en los pueblos fang y en mi pueblo, y exclusivamente los domingos. Y si no es un domingo, lo hace el pregonero, cuyos mensajes siempre proceden del poder ejercido por los varones negros y que en los pueblos fang y en mi pueblo, comentarios de las personas mayores en la Casa de la Palabra de los Hombres, está comandado con la verga y ungido de la sangre humana: el sacrificio de personas a cambio de ser designado gobernante en el é kum ókong y como consecuencia, en la vida real, ya que los gobiernos en los países negros no son legítimos, están bañados de sangre humana recién brotada de la muerte –edjue nsút mot ene edjue meki–.

El catequista es el hombre que con el kalashnicov apuntando a las cabezas de mi pueblo y la tuya, toca la campana de los domingos. A continuación, se introducen en escena los cuerpos especiales: la paria, formada por individuos de la casta subterránea que trabaja por vocación. La infancia se asoma. Lava la cara para acompañar al segundo cuerpo especial: las mujeres.

Todo el mundo, desde entonces, al río, a por el agua, a por la limpieza del cuerpo, a por la limpieza de la ropa. De manera especial, a por el trabajo de prepararles el desayuno a los hombres sentados en la Casa de la Palabra de los Hombres fumando banga, escuchando el Nvet Oyeng, espantando las moscas de sus pies con el acué –escobilla–, hablando de sexo, etc.

Yo recuerdo en la infancia a mis madres de las tribus construyendo rascacielos de cestas de ollas, platos, tenedores, cuchillos, ropa familiar. Las niñas entre tanto, custodiábamos las bragas, las nuestras, las tuyas no. Ya estábamos en la edad de aprender que las bragas de las mujeres no podían exponerse en los lugares públicos.

Los tendederos de ropa en los pueblos fang se construyen. Son una obra de arte. Son cuerdas gruesas, a veces finas, colgadas entre un palo y otro. Se dejan ver también en los alrededores de las viviendas, allá donde llega el sol. Mamá y las mamás del clan nunca explicaron las razones de por qué las bragas de las mujeres no se podían colgar junto a las demás ropas, yo tendría entonces diez años. Yo quería hacerlo. A

la pregunta de, mamá, por qué no, contestó con un mandamiento del silencio: “los caminos de Dios son inescrutables”.

Las bragas de las niñas producen miedo. Yo les tenía miedo a mis bragas. Las niñas fang les tienen miedo a sus bragas. No comprenden por qué no las pueden exponer y colgar con el resto de la indumentaria. Y es que las advertencias de “cállate” a la niña fang que pregunta, suenan como las campanas de los domingos, cuando la autoridad ilimitada y vitalicia está por llegar, el sacerdote. Y es que en los pueblos fang y en mi pueblo se venera al Vaticano como al gallo, el nnóm kú, el hombre de cabeza cortada. La verga.

Las campanas de los domingos en los pueblos fang y en mi pueblo suenan a lo grande. Y lo entiendo. No existe detalle más placentero que mandar en el lugar pactado, luego de ser agredido, Guinea Ecuatorial. Las campanas de la iglesia católica suenan como la voz de mi padre y de mis padres del clan mandando callar a toda la familia. Y en las familias fang se espera que un hombre pegue gritos para ser respetado. Por eso no extraña que se mueran en el apogeo de la juventud y de enfermedades que largamente venían padeciendo.

Los gritos de papá. Los gritos de mis padres de la tribu. Los regaños a mis bragas de niña preguntona. En la infancia no se entienden muchas cosas, pero ahora que soy adulta por error, puedo pensar. Y pienso que las mujeres fang nunca son adultas. Siempre andan tuteladas por alguna justificación normalizada, convertida en costumbre y luego documentada como ley en la Casa de la Palabra de los Hombres afincada en la capital, la Cámara de los Diputados se ubica en Elon Mengazing, la Isla de Bioko.

Recuerdo que mis bragas nunca tuvieron lugar de descanso. Mamá me perseguía con ellas, hasta que las colgaba en la parte trasera de la vivienda pegada al vertedero, a la inmundicia.

En los ríos de los pueblos fang y de mi pueblo, las mujeres se bañan cubiertas de una braga. Este recuerdo es imborrable y se reproduce en las ciudades de Bata y Malabo. Se puede ver una aglomeración de mu-

jerés en los pozos de agua de los barrios, en los ríos, en los grifos comunes, en la desdicha de la escasez de agua potable que iba a llegar con el horizonte 2020, y no ha llegado. Sabíamos que no llegaría.

Mujeres de todas las edades en los ríos, en los pozos de agua, en los grifos de la colonia carcomidos. Cuerpos destrozados por los partos interminables. Vaginas desgarradas con un dolor de por vida. Vientres con caminatas del bisturí para salvar vidas de la descendencia de las tribus, los bienes supremos de las tribus.

Los recuerdos de las mujeres lavándose las vulvas, nunca entendí la estrategia. En medio del río se agachaban con las piernas abiertas, los dedos bien adentro de la vagina. Así aprendí que se aseaba una mujer con la bragá hasta las rodillas.

Luego llegaron las mujeres mitangan de la Cooperación Española con sabiduría de mitangan con un fin, sensibilizar que no, que allí adentro los dedos no limpiaban nada. La vulva tenía su propia vida, su flora de protección y, por favor, había que dejarla funcionar con naturalidad.

Las blancas de la Cooperación Española, ellas, tan odiadas en mi pueblo como los be tie poletique del ngam á yat. En una sesión de consejos de higiene organizada en la escuela del pueblo, toda la historia sobre la vagina se divulgó.

Los hombres se habían enfadado. Las mujeres de la cooperación no caían bien. El primer error que cometieron: mandarles a los hombres a los centros de salud para vacunar a la infancia, sus esposas se encontraban trabajando en las fincas. Lo recuerdo muy bien. Recuerdo el enfado dibujado en los rostros de mis padres de las tribus a los que producía deshonra cargar a su descendencia en los espacios públicos para no parecerse a las mujeres. Segundo error.

El segundo error tenía que ver con su forma de vivir. Las cooperantes pisaban los espacios sin miedo, la Casa de la Palabra de los Hombres, entre estos. Y los abuelos se quejaban, “serán muy blancas, pero tienen vaginas, son mujeres, qué pintan aquí”. Mujeres sin descendencia oficialmente, sin planes de matrimonio, de sexo sin compromiso y castellano de expresión rápida. Las mujeres que hablaron de la vagina en voz alta, sin denigración.

Mis madres de la tribu, ni caso. Mis padres de la tribu, ni caso. Los ríos de los pueblos fang y de mi pueblo, más los pozos y grifos de agua

de las capitales, siguen acogiendo a mujeres que esconden sus bragas y destrozan la salud de sus vaginas en el momento de asearse.

Recuerdo muy bien un domingo, el especial, antes de la entrada a la iglesia, a las diez de la mañana, hora establecida. No, las once, hora de llegada del sacerdote al que se esperaba con una comitiva: el ofertorio abundante, alguna niña esperando en la cama para su relajación posterior, y varias amantes peleándose por sus servicios sexuales y económicos.

¡Qué domingo! Regresé del río con un cubo de agua más grande que mi anatomía. Era la costumbre.

Recuerdo que se me olvidó la braga sobre el armario. Estaba muy cansada y la olla de bambucha me observaba con codicia. Madre, mientras la bambucha se peleaba con mi apetito ávido, trajo la braga y la colocó sobre mi cabeza. Descubrí que se encontraba allí porque las gotas de agua se caían sobre mis hombros. Así que la guardé conmigo, a mi lado, encima del banco que me ayudaba a estar sentada. Y bien. En el mismo lugar se quedó cuando me fui a la habitación para cambiarme de la ropa de estar por casa a la ropa de los domingos, las fiestas de guardar y también las de no guardar. Nada. Otra vez mamá encontró la braga y la lanzó en mi cara, y de la cara se cayó al suelo.

Y en el suelo se quedó mi braga de niña inconsciente.

Al salir de misa, un grupo de amigas se vino conmigo hasta la casa familiar. Encontramos a mi padre esperando la llegada y con mis bragas colgadas en el melongo. Aquel domingo no me pegó. Sin embargo, fuimos recibidas en la Casa de la Palabra de los Hombres.

Mamá y las madres de las amigas estaban de pie, escuchando, nosotras también. Cuatro varones de la tribu ostentaban el enfado al otro lado de la cama de bambú, y las niñas de pie, con las miradas enfocadas entre nuestras piernas, en el suelo, yo qué sé.

Los cuatro varones, padres de mis amigas, más papá, ardían de enfado. Nuestras madres narraron los lugares en los que olvidábamos las bragas, las niñas del pueblo, y sin ningún pudor: sobre los armarios de cargar el agua de consumo familiar, sobre los bancos de sentarnos, sobre las camas de la cocina, sobre los cubos de agua, sobre las ventanas de las cocinas y de los salones, sobre los bancos de sentarse las mujeres

en las afueras de la Casa de la Palabra de los Hombres, sobre las mesas de comer, sobre las tapaderas de las ollas de comida, sobre las mesas de comer en las viviendas de guardar bienes familiares decentes. Y continuaron.

Las bragas de las niñas, abandonadas sobre las cestas de ir y venir de la finca. Sobre las carpetas de los cuadernos. Sobre las mochilas de la descendencia más chica. Encima de los libros de estudiar. Encima de la Biblia. Sobre el xilófono de la iglesia un día cualquiera de hambre aldeano con las y los menores adentrándose en la iglesia para buscar a Jesucristo acostado en el pesebre.

Todavía recuerdo, entonces era una niña que se protegía de Akamanam para que no arrancara mis bragas, las veces que las muchachas abordamos el belén para saber si Jesucristo se dormía con una hermana mayor o pequeña, y si esta llevaba bragas: mojadas, secas, olvidadas en alguna parte del mundo. Y Jesucristo era único, sin hermanas custodiando las bragas.

Las niñas fang son felices con sus cuerpos hasta que llega la adolescencia precoz.

Las calles del pueblo, entes de la llegada de la adolescencia precoz, las reciben con los nombres “dueñas del juego”, sí, a ellas. Juegan en medio del polvo fabricado por el sol del ecuador y muchas veces en cueros, solamente cubiertas de bragas sostenidas con ayuda de una cuerda. Descalzas. Es el nseng –el espacio público y de representación institucional del mundo fang–.

La infancia se recrudece con el recuerdo de las bragas, el deber de esconderlas, hasta que trascienden sus cuerpos de niñas a adolescentes –mong á mina a evom mina–.

La noticia corre. El cuerpo delata la inocencia con todo crecidito. Los senos se asoman. La Casa de la Palabra de los Hombres se informa. El cuerpo de alguna niña fang se ha preparado para la fiesta masculina.

Y te cuentan la historia, las mujeres mayores, a ti no. Hablan entre ellas y al final te informas. Por alguna razón se decidió en la Casa de la Palabra de los Hombres que las niñas y las mujeres adultas compartieran los espacios, casi todos.

El nseng, sin las mujeres, es el centro de la vida en el mundo fang. Acoge la Casa de la Palabra de los Hombres, el poder, la anarquía, la exclusión de la juventud masculina y de las mujeres.

El nseng, sin las mujeres, decide dónde se cuelgan las bragas de las niñas, dónde se esconden y cuándo se arrancan.

El nseng, sin las mujeres, decide el destino del cuerpo de la mujer antes de nacer y a la llegada de la menstruación.

El nseng, sin las mujeres, dictaminó que la violación sexual a una niña tenía un nombre, adjabga; la violación a una mujer que ha entrado en climaterio tenía un nombre, adjabga.

El nseng decidió que las mujeres, a partir de la adolescencia, con la llegada de la menstruación hasta su marcha, les pertenecían a los hombres. Los cuerpos de ellas, las mentes de ellas, la libertad sexual de ellas, en este periodo, volarían hasta el cielo. La palabra violencia sexual no tendría patria ni nación.

De niña, me gustaba el nseng, así de limpio, extenso, lugar del juego a la palabra en los actos públicos. Lo envidiaba. Lo quería tomar.

En el nseng se recibía a las autoridades de la comarca con canciones y sacrificios de lo más preciado: los bi yem, que son los animales domésticos.

En el nseng las voces de los varones sonaban como los truenos del continente negro en época de lluvia.

En el nseng se conmemoraba el aluk fang, el matrimonio, con esce-nificaciones y juegos que daban risa, luego pena, más tarde el llanto de las mujeres.

Me gustaba este espacio, sobre todo su capacidad de mandar pegar, callar, castigar y decidir.

El látigo en la mano alguna vez como los varones. Soñé y mucho. Sí. La idea estaba bien. El pueblo, en pie, de rodillas, tumbado, proclamaría mi poder procedente del Dios fang, Nzama ye Me baga me Ncom Bot.

Yo era una niña entonces. Una pena.

Una niña fang que no aprende no es una niña fang porque en la infancia lo aprenden todo. Interiorizan que son “nadie”, que no llegarán a nada porque sus madres del clan no lo son. Viven las idas y venidas

de las mujeres del poder cuyas labores en el poder se alejan días tras día del ejercicio del poder.

Mis madres del clan en la Casa de la Palabra de los Hombres, recuerdos de cuando era más chica, al salir de misa, aquel día que mi braga estaba colgada del melongo, citaron los lugares de olvido de las bragas de las niñas. Sin embargo, de ellas, de las madres del clan, aprendimos que los cuerpos de las niñas a partir de la adolescencia se abandonaban. Ya serían los cuerpos de las mujeres y los cuerpos de las mujeres tenían que reproducir bienes para los ejércitos de las tribus; para las naciones, los clanes.

Por eso las niñas teníamos que saber esconder las bragas, y especialmente, escondernos de los hombres.

El Mberbí, que es el llanto más grande de género femenino, –mbet-bí, mbet ébi, é bii e nén–, acorralaba a las mujeres inconscientes.

Y el Mberbí no se juzgaba en la Casa de los Hombres. Está casado con el clan. Los ancestros lo aman. No representa una infracción.

El Mberbí en la Casa de la Palabra de los Hombres no tenía nombre.

Las imágenes más bonitas de la historia, del mundo fang, seguro que te acuerdas de ellas, yo también.

Las imágenes de un pueblo fang con el sol cayéndose en el atardecer. Recuerdo a las mujeres regresando de cualquier sitio juntas: de la finca, del río, de los viajes a las ciudades, de las peleas, de limpiar la iglesia sin perspectiva de decir misa alguna vez.

Las mujeres, enfadadas o enamoradas, juntas, siempre.

Las recuerdo hablando entre ellas, en los días de regreso y de marcha a la finca.

Las recuerdo, juntas, explicando que de esta manera se enfrentaban a la indefensión jurídica de la Casa de la Palabra de los Hombres, el rostro del esingang –persona malvada–, residente en los tramos de los bosques más largos que se cruzaban, en compañía, más las plantaciones de calabazas, ñames, cacahuetes.

Las niñas fang aprenden a silbar por miedo, por amor, por autodefensa.

Las niñas fang aprenden a avisar cuando están en peligro, en medio del bosque, para el conocimiento de otras mujeres, de los hombres no.

Las madres del clan se encargan de enseñar.

Mamá me enseñó. Qué recuerdos, entonces era una niña que recién disfrutaba del placer de la banga presente en todos los espacios de los pueblos fang y de mi pueblo: los canutos tirados al suelo en la Casa de la Palabra de los Hombres; los canutos tirados al suelo de la cocina; las compras de la banga de Akamanam que se caían al suelo, siempre en los bares, y nunca en los restaurantes luego de emborracharse; en todas las huertas de los pueblos fang y de mi pueblo; en las risas de los be tie poletique del ngam á yat, etc.

Las madres del clan se encargan de enseñar. Siempre. Lo recuerdo muy bien, entonces era una niña de tiñas alquiladas en los dedos de mis pies, en las plantas de mis pies, en las bragas de la infancia.

Mis madres no hablaban del Mberbí con las niñas. No obstante, los temblores de sus cuerpos, la tristeza en sus miradas, los recuerdos que se canturrean en compañía femenina, simbolizaban sus vidas en peligro.

La infancia termina como el trueno, como los domingos en los pueblos fang y la fiesta del ejercicio del poder vaticanista. Es la señal de la llegada de la menstruación y la interiorización del proceso de esconder las bragas por su origen, por lo que protegen, por lo que cubren, por los mitos que lo acompañan.

Las bragas cambian de nombre al inicio de la adolescencia, ya no se llaman bragas sino el Mberbí.

El nombre, Mberbí, lo escuché por primera vez en el río, un domingo. Una niña de trece años se llevó al río el rascacielos. Su mamá estaba ingresada en el hospital con dos de sus últimas hijas enfermas de brujería, así que después de servirle a su padre sentado en la Casa de la Palabra de los Hombres, se marchó a trabajar como todas las mujeres los domingos. Platos, cucharas, tenedores, ollas, ropa, hermanos que adecentar para la misa, coronaban sus labores mañaneras más la llegada de la regla, descubierta en las manchas adornadas en su falda por las mujeres mayores.

Estábamos todas las niñas pendientes.

La menor recibió la advertencia: la pregunta de si llevaba puesto el Mberbí.

Ella, como todas las niñas, desconocíamos el origen y el significado del término.

Hablaron claro las madres del clan: “Oye, no eres una niña ntangan. La braga se llama Mberbí y en breve, si no te proteges, llorarás el Mberbí”.

Yo había aprendido en el colegio de los mitangan que una braga se llamaba braga. Ahora que soy adulta, recuerdo que desde la infancia tuve acceso a varias escuelas y no era la primera vez que me llegaba el nombre. Eché la memoria al pasado. Las mujeres lo citaban en todas partes. Había que ser lista para saber a qué se referían. No había que ser muy lista para saber a qué se referían.

Había que leer libros no escritos por la civilización de los mitangan sobre las vidas de las mujeres para averiguar que el mundo de mis madres se tornaba al vivir porque sus bragas no estaban custodiadas por la institución por excelencia del mundo fang, la Casa de la Palabra de los Hombres, el Abáa bi Tom.

Del Abáa bi Tom que se habla en todos los libros con nostalgia. Había que recuperarlo en su integridad: lloran los varones, llora la Salle del poder con la verga maneando, lloran las mujeres, lloran los be tie poletique del ngam á yat y los antorchados del fuego. Yo no quiero recuperar la estructura de una institución que no protege mi integridad física.

El Abáa be Fam, lo vi apropiándose del discurso en la boca de cada varón. Lo vi expropiando el derecho a la palabra a los varones jóvenes.

Lo vi en el reino de la gerontocracia.

Lo vi sin decir la palabra Mberbí, pero sí castigando a las mujeres que lo habían sufrido.

Este método de castigo es el mismo que se rige en el Parlamento, en las fuerzas armadas de seguridad del estado y en las instituciones judiciales, que en la práctica funcionan como la Casa de la Palabra de

los Hombres. Por eso las mujeres no le llaman Abaá como los varones negros y varones mitangan. Tiene nombres propios: Abáa mi Tie. Abáa Medjó. Abá bi Tom. Abá be Fam.

Y la tradición fang está en pelea contra la civilización occidental porque Occidente sabe encargarse de destrozar todo e imponerse allá donde se aloja. Y ante la desaparición del material de construcción para la Casa de la Palabra de los Hombres porque ya nadie lo encuentra rentable, se ha encontrado una solución de supervivencia.

El Parlamento, las viviendas de las ciudades y de los pueblos, encargados de la recepción de las visitas importantes, la resolución de los problemas y la representatividad, se llaman Ndé Abáa (la casa de la Casa de la Palabra). Occidente con el capitalismo le ha obligado al varón fang a incluir la cocina en el interior de la vivienda. Sin embargo, los be tie poletique que sí gobiernan desde el Ekum Ókong y lucen dinero de procedencia dudosa, construyen las viviendas con una división sexual de los espacios.

En Malabo y Bata relucen viviendas lujosas en las que la Casa de la Palabra de los Hombres brilla en las afueras de la residencia familiar: es el espacio de los varones de la familia y en sus interiores reciben visitas familiares y de las amistades masculinas. Se trata de la transición de la institución ancestral fang del campo a la ciudad.

Mamá, dónde están mis bragas. Hija, lo sé, están en la Casa de la Palabra de los Hombres de la capital. Ella sabe lo que subsiste en el imaginario colectivo.

El salón de las viviendas, el espacio del ocio televisivo y del uso de la palabra, se llaman Ndá Abáa.

La sección de las viviendas que acoge los televisores, el equipo de música, los armarios que aguardan los licores, la puerta que da acceso al nseng junto a la terraza en las ciudades, se llaman Ndá Abáa. Son los espacios de los varones.

Las habitaciones y la parte trasera de la vivienda corresponden a las mujeres. Le atañe a este espacio la labor de cocinar para los eventos, organizar la limpieza, custodiar a la descendencia, y cuidar a las personas enfermas.

Dónde están mis bragas, mamá. Tus bragas están donde deben estar, en tu mente, con los be tie poletique antorchados del fuego, con los be tie poletique del ngam á yat, con los gobernantes del Ekum Ókong, con el mberbí, el llanto más grande de las mujeres.

En la infancia de una niña fang se aprende a interiorizar la culpa.

La culpa de que el destino de tus bragas es responsabilidad tuya.

El destino de tu braga y de lo que protege la braga es responsabilidad tuya. Tú cuidas de tus bragas.

Tú cuidas de que ningún hombre te agrede sexualmente y si ocurriese, sería culpa tuya.

Yo sigo buscando mis bragas con el mberbí. Mamá sabe dónde están. La Casa de la Palabra de los Hombres de la capital, la Cámara de los Diputados, las colgó con el melongo, ayer, tras una reunión que terminó en guerra, en Ekum Ókong.

Malabo, 2021